



## CAPÍTULO VII

DEL SEGUNDO GOZO MEZCLADO, Ó DE LA AMARGURA QUE SIENTE EL ALMA EN LA AUSENCIA DE DIOS.

**C**HAULERO, varón de admirable contemplación, dice que suele nuestro Señor en el principio de nuestra conversión, mostrarse tan amigo y regalar á las almas con tanta suavidad y dulzura, que apenas lo puede soportar el cuerpo frágil y enfermo. De donde muchas veces vienen los así visitados y recreados á hacer gestos desacostumbrados, á hablar palabras atrevidas, á dar gritos y bramidos como hombres que no están en sí, ó no caben en sí, lo cual si no hiciesen, reventarían y peligraría su salud. Algunos habemos visto echar sangre por los oídos, ojos y boca, tanto es el contento y regalo que sienten con los abrazos y ósculos sensibles de Dios. Pero esto dura poco; es (como dicen) el pan de la boda; es manjar de niños y leche de principiantes, necesaria para tal estado. Por lo cual, saliendo de él refocilada el alma abundan-

temente, y entrando en otro de mayor perfección, dejadas las niñerías, la enseñan á comer pan con corteza y á negociar y á buscar su vida por su pico. Propónele Dios un camino tenebroso, estrecho, yermo y de desconsuelo, y, llevándola por él, quítale ó escóndele todos aquellos dones y regalos que le había dado, y, dejándola toda á sí misma, hace que ninguna noticia ni rastro de Dios halle dentro de sí. Pregunta á todos, llena de inquietud y congoja (1): «¿Hay quien me sepa dar nuevas de mi Querido, del que ama mi alma?» Examina el hombre su conciencia, por ver si fueron sus culpas causa de esta ausencia: halla que ni en pensamiento ni en palabra ni en obra se ha descuidado de manera que haya ofendido al Esposo, y, consolándose con este seguro, no sosiega ni cesa de buscar al que siente haber perdido. Presente está el Amado, y Él obra esta inquietud y congoja en el alma; Él es el que la incita á que le busque; Él despierta este apetito; Él enciende este fuego de santos deseos, y, con todo, no es sentido ni visto. ¡Oh cuál anda un ánima en tales tiempos! Pierde el color, el gusto, la salud, las fuerzas y la conversación. Su oficio es suspirar y decir con la esposa (2): *Decid á mi Querido que enfermo por Él.* De esta suerte herida y lastimada andaba la Magdalena con la ausencia de su

(1) Num quem diligit anima vidistis.—*Cant.*, 3.

(2) Nuntiate dilecto quia amore langueo.—*Cant.*, 5.



Amado, y teniéndole presente no le conoce porque está disimulado. Disimúlase Dios y finge que siendo no parezca, «para que crezca más el amor y los deseos; para que con mayor codicia se busque y con mayor suavidad se halle, y para provocarnos á buscar cosas más altas, y buscándolas hallarlas» (1), como el águila que provoca á sus hijos á que se levanten del nido y vuelen, revoloteando sobre ellos, haciéndoles mil fiestas en el aire. ¿Qué otra cosa es revolotear Dios sobre un alma, sino incitarla y provocarla á que apetezca y desee cosas altas, y que se levante de la tierra? Llega algunas veces el águila hasta los aguiluchos con un arrebatado vuelo, y cógelos en sus uñas y sobre sus alas, y hácelos perder tierra. Otras los deja en ella y se remonta y aleja sobre las nubes. Así Dios arrebató las almas hasta perder tierra, como arrebató la de San Pablo y arrebató otras muchas cada día. Pero no es por largo tiempo; porque, cuando no se catan, se ven metidas en el abismo, y á Dios tan alto y remontado, que no hay ojos que le alcancen á ver. Cosa admirable, por cierto, es que os levantaréis para seguir á esta Águila caudal, engolosinado de sus regalos y caricias, y os hurtará de manera el cuerpo, que ni rastro de ella hallaréis. De tal suerte se

(1) Ut avidius quæretur, et dulcius inveniatur, et ut nos provocet ad altiora quærenda et invenienda.—S. August. Lib. De cœl. Parad.

esconde Dios algunas veces, que, aunque más ventor seáis, no hay cogerle el viento ni tomarle el rastro. Como un hombre que, por no ser sentido, ni menea pie ni mano, ni resuella, ni pestañea, así Dios está en el alma tan secreto y tan callado, que la hace pensar que totalmente la tiene desamparada y olvidada.

Cuando Elías se despidió de Eliseo, quedóle la capa con que había dividido las aguas del Jordán; quiso Eliseo pasar este río sin mojarse, y arrojó la capa como Elías, y no se dividieron las aguas. Comienza Eliseo á dar voces muy desconsolado, diciendo (1): ¿Qué es de este Dios de Elías? ¿Adónde está, que no parece? Y no estaba Dios fuera del Profeta; pero disimuló con él por esta vez, para incitarle á que le llamase con mayor fervor y espíritu. Conociendo la esposa la condición del Esposo, que se esconde cuando le parece, y aparece cuando ve que nos está bien, le dice en los *Cantares* (2): «Querido mío, huid cuando mandáredes; pero sea la huída como la del corzo ó cabra montés, que anda saltando por esos montes de tomillos y cantueso y otras hierbas olorosas». Cuando el cazador va tras la liebre ó conejo, es cosa de ver el deseo que llevan estos animalejos de esconderse para escapar de los perros; al fin su

(1) Ubi est Deus.—Eliæ, 1.

(2) Fuge, dilecte mi, et assimilare capræ hinuloque cervum super montes aromatum.—*Cant.*, 8.



hipo no es otro sino huir para no ser hallados; no vuelven jamás la cabeza; sino, con las orejas aguzadas y bajas, caminan. El cervatillo y cabra montés corren y saltan y huyen con grande ligereza; mas de cuando en cuando vuelven á mirar á quien los sigue. Es como si dijera la esposa: Bien mío: si os ausentáis y huís, volved á mirarme de cuando en cuando; mostradme vuestro rostro con que me alegre; sea vuestra huída como la del gamo, no como la del conejo ó liebre, que no se dejan ver.

Divinamente describió el santo Job el ingenio de Dios y la traza que tiene y guarda con su esposa, por estas palabras (1): «Esconde Dios la gloria y el consuelo en sus manos, y descúbrela de cuando en cuando, no de golpe, sino por entre dedo y dedo; porque, si la descubriese toda, ni los espíritus angélicos la podrían soportar». Así decía aquel santísimo Efrén: *Detén, Señor, detén la abundancia de tu gloria, que no la puedo sufrir, ni hay en mí vaso para recibirla*. Por entre dedo y dedo se nos descubren unos rayos pequeños de aquella luz eterna que esperamos, y danos el Señor unos alegrones cuando le parece, para certificarnos «que, si perseveramos en su amistad, nos mostrará al descubierto su gloria, no en este campo del mundo adonde está el tesoro escondido, sino en el Cielo, donde

(1) In manibus suis abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat.—Job., 36.

todos le ven y le gozan al descubierto» (1). La esposa, que, como poco ha vimos, dió licencia á su Querido para que se fuese, le llama y pide que vuelva viéndose sin Él, trabajada y llena de amargura. *Hasta que pase la siesta* (dice), *y crezcan las sombras, y corra algún aire fresco, no me dejéis: visitadme y consoladme á menudo* (2). En todo tiempo le es muy necesaria al ánima la presencia y el regalo de su Esposo, pero mucho más en el de la tentación, encendida por el resistero del medio día, cuando no hay sombras ni corre migaja de aire. En este tiempo le dice: Volved á mirarme como la cabra montés; como si le dijera: Ya sé que os ausentáis para que os llame, y os escondéis para que os busque, y huís para que os siga; pues deteneos un poco, volved á mí esa cara de pascua que hace bienaventurados á todos los que la miran. Es Dios como un corzo ligerísimo y saltador; no tiene en la Iglesia militante, que por los montes de Bethel es significada, la estabilidad y firmeza que en la triunfante: allí no hay mudanzas ni ausencias, sino un estado de perpetua estabilidad y firmeza. Por eso dice la esposa que se halla con ella, como el gamo y la cabra montés sobre los mon-

(1) Anuntiat de ea amicos suos, et quod possessio ejus sit, et ad eam possit ascendere.—Job., 36.

(2) Donec aspiret dies, et inclinentur umbræ, revertere, similis esto, dilecte mi, capreæ, hinuloque cervorum super montes Bethel.—Cant., 2.



tes de Bethel (que quiere decir Casa de Dios); como si más claro le dijera: Si os ausentareis, la vuelta sea presto; si os escondiereis, no sea por mucho tiempo: las visitas sean á menudo, que no hay sufrimiento para largas ausencias donde el amor es perfecto. Con mucha razón, por cierto, pide el ánima diligencia en la venida del Esposo; porque todo cuanto sin Él puede hacer es muerte, congoja, calamidad, tribulación y miseria. Levántanse algunas veces dentro de nosotros tan grandes tormentas de tentaciones, que del todo perturban nuestra paz interior, y así anublan el cielo sereno de nuestras conciencias, de suerte que nos da en rostro la vida santa, y nos enfadan y cansan los trabajos de la penitencia, y los ejercicios de la virtud, y somos forzados á querer lo que no queremos y á juzgar por dulces las cosas que nos solían ser amargas: apenas podemos perseverar un momento en un pensamiento santo, tan grande es nuestra instabilidad y miseria. Si os volvéis á Dios con deseo de atender sólo á Él, parece que os arrojan de su presencia confusamente y con desdén. Si oráis, el Cielo es de bronce impenetrable; Dios se hace sordo, el ángel de la guarda no parece. Leed la Sagrada Escritura; no sentís más que una piedra: ni el horror del infierno os atemoriza, ni la consideración de la gloria os despierta, ni la muchedumbre de los beneficios os mueve.

A los principios, codicioso Dios de cazar nuestras almas, pónelas cebo, como suelen los ca-

zadores para coger las aves y los peces; regálannos, consuélanos, visítanos y danos leche de consolación y gozo de su divino espíritu. Mas, después de cazados y cogidos en el lazo, trátannos rigurosamente y con aspereza, y desampáranos de suerte que se rebela la carne contra el espíritu, y le pone en tal aprieto y necesidad, que nos hace pensar que en ningún tiempo estaremos bien con Él ni en amistad suya. Ni siente el alma á Dios en este tiempo, ni le conoce, ni le deleitan ni son de gusto las cosas criadas, porque está como colgada entre dos paredes, sin hallar descanso en ninguna de ellas. De verdad que, si en esta vida se diese infierno, no entiendo qué podría ser más riguroso ni más atormentador: que amar intensamente un alma á Dios y carecer de todo punto de Él. Pues ¿qué diré de los pensamientos molestos que en este tiempo acuden á dar batería al alma? ¿Qué de las imaginaciones torpes que la combaten? Reviven las pasiones de la carne, toman fuerzas, acometen desvergonzadamente con mayor ímpetu que cuando el hombre vivía sujeto á vicios y pecados. ¡Oh, cuántas veces acontece, cuanto mayores son las fiestas y más desea el alma aparejarse y disponerse para recibir á Dios, hallarse más tentada, más seca, más sin devoción y espíritu! A tanto llegan estas calamidades, que acontece (permitiéndolo Dios) que se pierda la opinión que de nosotros se tuvo en otro tiempo, y á ser juzgados por inútiles y de poco momen-



to, aun de aquellos que resplandecen por santidad exterior. En estas ocasiones decía San Bernardo: *Ecce in pace amaritudo mea amarsissima*. Estando con Dios en sana paz, me tiene hecho de hiel. Tal estaba el santo rey David cuando, esforzándose, decía (1): *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me? spera in Deo quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus*. Debían de decirle allá dentro que desconfiase y que se dejase de tanto rezar, como la mujer de Job á su marido. *Dile á Dios una palabra que le escueza, y muérete* (2). Y la de Tobías al santo viejo viéndole ciego (3): ¿De qué te han servido tus ayunos y limosnas? Mira el pago que Dios te da. A esto responde el fiel siervo de Dios: «¿Por qué estáis triste, ánima mía, y por qué me desasosegáis y dais turbación? Esperad (os ruego) en el Señor, que, aun en medio de estas borrascas, le tengo de confesar y me he de conformar con su voluntad». Esto mismo aconseja Él á cualquiera ánima afligida, diciendo (4): «Espera al Señor, que Él vendrá cuando fuere servido; no te descuadernes ni relajés como mujer melindrosa; conforta tu corazón con santos deseos y sustenta al Se-

(1) Ps. 41.

(2) *Benedic Deo et morere*.—Job, 2.(3) *Thob.*, 2.(4) *Expecta Dominum, viriliter age, confortetur cor tuum, et sustine Dominum*.—Ps. 26.

ñor». Esta es una palabra que, á mi parecer, tiene gran sacramento. *Sustine Dominum*. Sufre ó sustenta al Señor; quiere decir, que algunas veces, estando Dios en nuestras almas, se hace tan pesado que parece de plomo. Y no parece que hay hombros para sustentarle. Pues sustentale (dice el Profeta) una vez de cuantas Él te sustenta á ti. No le arrojes de ti, sustentale, que te va la vida en ello; que Él se aligerará y te sustentará. No hay mayor desatino que, en estos tiempos de calamidad y miseria, cuando Dios se hace pesado y carga sobre un alma, convertirse el hombre á vanos solaces y entretenimientos, sino perseverar como Cristo en la cruz, que, aunque tan atormentado de sus enemigos y desamparado de su Padre, diciéndole los judíos que bajase de ella, no quiso hasta que se cumplió la voluntad del Eterno Padre que le subió allí.

Hay algunos perros matreros que llegan á un zarzal y huelen la caza, y dando muchas vueltas, rastreando á una parte y á otra, y apartándose á buscar por otras partes, los demás perros noveuelos, creyendo que allí no hay nada, ellos se están quedos: haes dado el viento del conejo; son grandes ventores; al fin se determinan de entrar, y rasguñándose y sacándose sangre de la cabeza y de todo el cuerpo con las zarzas, llegan adonde está el conejo y salen con él en la boca, todos ensangrentados y muy contentos. En ese trabajo, hermano mío, y en esa



angustia, entre esas cambronerías y zarzas que lastiman y punzan, está Dios; no le vayas á buscar á otra parte, como perro nuevo y de poco viento; éntrate por esas zarzas hasta derramar sangre, que yo te aseguro que le halles si perseveras. Enzarzado vió Moisés á Dios, y, queriendo llegar á cazarle muy calzado, le manda que deje los zapatos. Pues ¿cómo, Señor, descalzo queréis que entre por las espinas? Sí; que no es mucho que te saques sangre con las zarzas, pues que yo también estoy en medio de ellas. Cuando Moisés y otros siete viejos subieron al monte por orden de Dios á hablar con Su Majestad, dice la Sagrada Escritura que le hallaron sobre un trono de gloria, labrado de los adobes con que los suyos eran afligidos en Egipto. En lo cual quiso Dios darnos á entender que en nuestros trabajos tiene Él su gloria y su trono, y que jamás falta de ellos. Tiene dada palabra de asistir con los atribulados. Tenga el alma paciencia y no pierda la esperanza y el sufrimiento (como dice la Escritura), que todo le sucederá bien y con gran provecho suyo y gloria de su Esposo. Humílese en este tiempo y ríndase á la divina voluntad, resignada y aparejada para sufrir esta tan grande calamidad y miseria todo el tiempo que el Señor fuere servido, con este seguro de que tiene en ella á Dios más cierto y presente que en todas las consolaciones que ha recibido en su vida, por grandes y extraordinarias que hayan sido. ¡Oh, que es éste

un ejercicio de provecho inmenso, y que se debe anteponer á todos los del mundo! ¡Bienaventurada el alma que de esta manera afligida no busca puerta ni camino para escapar de tal aflicción, perseverando en ella hasta que se cumpla la voluntad del Criador, aunque fuese de que por muchos años sufriese las penas y tormentos del Infierno! Dejar mil mundos por Cristo, en comparación de esta resignación, no es nada. Muy poco parece lo que padecieron los mártires respecto de lo que padece un alma que tiene á Dios y no siente á Dios; y en cierta manera es más mártir que ellos; porque, si ellos padecieron, era con tanta afluencia de divinas consolaciones, que hacían burla de los tormentos. Pero ¿qué tormento puede igualar con el que siente un alma que carece de Dios, llena de Dios? De muchas almas que han padecido estos males de ausencia pudiéramos aquí contar; pero por no exceder en lo prometido, que es brevedad, diremos dos ó tres casos notables. El primero sea de nuestro Padre San Francisco, del cual se escribe: «Que queriendo nuestro Señor probar su paciencia y acrecentar sus merecimientos, le dejó tentar del demonio, como á otro Job, de una gravísima tentación espiritual. Y púsole en tanto aprieto, que interior y exteriormente lo privó de toda alegría y consolación. Apartábase de los frailes, no quería conversar con ellos (como solía), por poder mejor vacar á la oración, y porque no podía hablarles alegre-



mente. Afligiase con grandes abstinencias, disciplinas y silencio; pero en ninguna cosa de éstas hallaba alivio ni declinación á su trabajo. Íbase solo á una montaña, derramaba lágrimas en grande abundancia, despedía suspiros espesos y profundos de lo íntimo de su corazón, mostraba á su Esposo la angustia de su alma y pedíale con humildad y perseverancia que le remediasse en tanta necesidad. Repetía aquel verso de David (1): «Volvedme, Señor, el alegría de vuestra salud y confirmadme con vuestro espíritu principal». Decía con la esposa: «En cuanto durare la siesta, volved á mirarme, como el gamo y la cabra montés». Entended, mi Dios, en mi remedio, no tardéis en ayudarme. Sucedió al fin que, después de dos años que le duró esta tentación, estando orando en Santa María de los Ángeles, oyó en espíritu la voz de su Amado, que le decía: «Si tuvieres tanta fe como un grano de mostaza, mandarás á ese monte que se pase á otra parte y pasarse há». Y entendiendo el santo varón que aquel monte era la tentación que tanto le molestaba, respondió: Hágase, Señor, conforme y según vuestra palabra. Y luego, en aquel punto, se halló libre de su trabajo».

Disimula Dios el consolar las almas, y detiéndose lo que le parece que les conviene para

(1) Redde mihi lætitiã salutaris tui et spiritu principali confirma me.—Ps. 50.

su mayor aprovechamiento; mas, en llegando su hora, no es perezoso ni lerdo. *Como un corzo ligero viene.* Así confiesa la esposa que le vió venir á remediarla. Catad que viene saltando montes y atravesando collados (1). Mirad, no ha menester Dios camino para venir, ni puerta para entrar; por donde no pensamos, viene y allana los montes y collados muy altos, si nosotros nos allanamos á hacer su voluntad. Y cuando pensamos que está muy lejos, nos está acechando y mirando lo que hacemos (2). «Pensé (dice la esposa) que me tenía Dios olvidada en mi trabajo, y que se había ido á las Indias, y hallé que me miraba como por cancelas ó celosías, que se ve por ellas sin ser vistos». Está detrás de nuestra pared: porque, para verle, no hay otro impedimento mayor que este paredón de nuestro cuerpo. Aquí es donde Él se esconde; rómpase la pared, como el velo del templo, y no se podrá Dios esconder, y aparecerá la hermosura del santuario.

Los maridos celosos, para hacer experiencia de la fe de sus mujeres, suelen fingir algún largo camino y quédanse escondidos dentro de casa, y desde algún secreto lugar acechan y miran todo lo que pasa. Si la mujer, creyendo que su marido está ausente, cierra sus puertas, hu-

(1) Ecce ite venit saliens in montibus, transiliens colles.—*Cant.*, 2.

(2) En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras prospiciens per cancellos.—*Cant.*, 2.



ye las conversaciones que le pueden dañar, éntrase en su aposento sola, llora y suspira por él, cuéntale los pasos, las horas y los momentos, asómase á la ventana, colgada siempre de aquel punto en que ha de llamar á la puerta, enciéndele más y más en su amor, y obligale á que salga á luz y la consuele, y á que él se asegure de que no quiere á otro sino á él. Lo mismo hace Dios muy de ordinario: como tan celoso de almas, finge que se va y que se aleja de nosotros estando presentísimo, y mira nuestros estudios, nuestros cuidados, nuestra perseverancia y fidelidad (que entonces se conoce quién somos, cuando nos falta el regalo y consuelo de Dios); si en este tiempo el alma se retira más y anda más concertada, llorando siempre y diciendo ¿cuándo, Señor me consolaréis?, hace con ella lo que el rey Asuero con la reina Ester; el cual, viéndola casi desmayada y muerta, demudado el color y caída la cabeza sobre una criada suya á quien entró arrimada y extendió el cetro (que era señal de amor), y levantándose con prisa de su asiento (temiendo no se le muriese con la congoja de pensar que le tenía ofendido), sustentóla con sus brazos, dióle beso de paz, acaricióla y regalóla, prometiendo de darle cuanto pidiese, aunque fuera la mitad del reino. Este Asuero es figura del Padre Eterno, el cual, mirando á nuestra ánima, querida suya, llorando delante de Él, con el rostro caído y sin color, y que desfallece y se desmaya como desamparada

de todas las criaturas, á quien ha dado de mano, luego extiende hacia ella la vara y cetro de oro y, levantándose (si así se puede decir) de su trono, recíbela á sus divinos abrazos y ósculos y levántala sobre toda enfermedad adonde la suceden tantas y tan maravillosas cosas, cuantas no puede la facultad humana explicar. La extensión del cetro significa que el Padre da su Hijo amantísimo al ánima afligida; en el ósculo, la dulzura y suavidad del Espíritu Santo, que en aquella hora le comunica. Parte con ella su reino, porque le da plenísimo poder sobre el cielo y tierra, y lo que más es, sobre sí mismo, para que sea señora de todo aquello de que Él es Señor. Aunque en estas dádivas no reposa el ánima, ni tiene atención á sólo su deleite y regalo, porque está tan mortificada, que en nada busca su cómodo é interés propio. En todas las cosas busca desnudamente el beneplácito de Dios, y su gloria y honra. Por lo cual está tan aparejada para carecer de estos regalos y visitaciones, como para gozarlos.

Cuenta Thaulero de cierto amigo de Dios que le revelaba Su Majestad por ilustración interior todos los sentidos de la Divina Escritura, y los merecimientos de muchos hombres de su tiempo, y al fin otros muchos secretos; y, con todo esto, nunca cesaba de rogar al Señor, diciendo: «¡Oh benignísimo Dios mío! Yo no quiero estas cosas; quitádmelas, suplícooslo, que me atormentan y afligen grandemente». Fué su oración



oída, y por cinco años vivió sin ninguna consolación, rodeado siempre de grandísimas tentaciones, angustias y calamidades. Finalmente sucedió que, estando una vez llorando amarguísimamente, dos ángeles le quisieron consolar, y él, vuelto á Dios, le dijo: «¡Oh Señor mío, que no lo hago por consolaciones! Lo que pido y lo que me basta es que me deis gracia para que yo pueda guardar con pureza aquel lugar donde Vos tenéis asiento en mi ánima, para que, fuera de Vos, ninguna cosa haga asiento ni se vea en él». Dichas estas palabras, súbitamente le rodeó una inefable luz, y le dijo el Señor en ella: *Yo te mostraré todo el bien*. Y, diciéndole esto, le arrebató en el abismo de su Divinidad, y quedó por largo espacio fuera de sí. De otra santa virgen cuenta el mismo que, viéndose afligidísima de una grave tentación, y en tanta apretura que le parecía sentir los dolores del Infierno, convirtiéndose á Dios de todo corazón, le dijo: «Oh dulcísimo Señor Dios mío, acordaos, os ruego, y benignamente considerad que soy vuestra pobrecilla criatura, y que Vos sois mi sempiterno Dios y Señor y Criador. Veis aquí me arrojé humildemente en vuestro justísimo juicio, y me resigno en vuestra agradable voluntad en el tiempo y en la eternidad, y estoy aparejada á sufrir estos infernales tormentos, que ahora siento, perpetuamente si á Vos os da gusto. Haced, Padre mío celestial, en mí y de mí lo que fuereis servido, porque para todo me

ofrezco aparejada con la humildad que puedo».

Hecha esta resignación y renunciación, fué aquella virgen arrebatada sobre todos los medios, y zambullida y absorta en el amable abismo de la Divinidad. ¡Oh cuán dichoso raptó, y más que desde allí adelante todos los días era arrebatada en Dios!

Decía una religiosa muy perfecta, preguntada por qué caminos había llegado á la perfección, «que nunca se vió tan cercada de trabajos y dolores que no desease sufrir otros mayores por Cristo, juzgándose siempre por indigna de tan grandes dones de Dios». Y fué tan bien con esto, que le eran ya tan familiares los ángeles, como á un señor los hijos y criados de su casa. Otra decía que, además de recibir con igualdad de corazón cualquier adversidad que le venía como de mano del Señor, si alguna persona le injuriaba, tenía cuidado especial de hacerle algún particular servicio, que no le hiciera si no hubiera de ella recibido la tal injuria. A nadie contaba sus trabajos, ni daba quejas, sino á sólo Dios. El cual la consoló de manera que todas las veces que quería se arrebataba en Él. Al fin ésta es la suma de la sabiduría divina: ajustarse el hombre á la voluntad del Criador, y en ninguna cosa que no fuere Él descansar ni hallar contento. Porque, como altamente dice Thaulero: después que Dios ha ejercitado y preparado bastantemente nuestra ánima por el ejercicio de la cruz y calamidades interiores



y exteriores para que reciba la excelente gracia suya, viendo que en estas cosas se ha bien, y que con paciencia sufre cualquiera desamparo y tentación, al fin, como Padre piadoso, viene y se derrama en ella, y uniéndola á Sí, sin algún medio, la llena de aquel sobreesencial bien, que es el mismo Dios, que sólo puede henchir sus vacíos, y con tanta abundancia se comunica al espíritu humano, que excede todo lo que el hombre en ningún tiempo pudo desear ni pedir. Derrítese entonces, y cuélase en su principio y origen, que es Dios, y es arrebatado en aquel infinito abismo de su divinidad, ó en aquella niebla de la divina soledad que vence y sobrepuja todo entendimiento y razón. Y transformado ó elevado sobre todas las imágenes, y desamparado de su propia forma, llega á un estado que carece de representaciones y figuras de cosas criadas, y en tanto es deificado, que todo lo que es y obra se diga serlo y obrarlo Dios en él. Tanto, que lo que Dios es por naturaleza, es hecho él por gracia. Y aunque no deja de ser criatura, queda todo deiforme ó endiosado, y parece Dios. Abrasado, pues, con el fuego del divino amor muere á sí y á todas las cosas, y así muerto y reducido á nada, el Padre, Hijo y Espíritu Santo se le manifiestan y descubren como es posible en esta carne mortal. Aquí es donde el hombre se juzga por perdido, y en ninguna parte se conoce, siente ó halla, porque no conoce sino una simplicísima esencia,

que es el mismo Dios. Aquí se derrite el espíritu criado y se zambulle en el espíritu increado, y es tragado y absorbido de él. Y ya no hay allí sino una pura divinidad y esencial unidad. Aquí es donde saca Dios el hombre afligido de todas sus angustias y calamidades, y maravillosamente le alumbra, sacudidas de sus interiores ojos unas escamas, como del Apóstol San Pablo nos cuenta la Escritura (1). Aquí se le da verdadero conocimiento de su nada, aquí se le perdonan sus pecados y deudas. Aquí se le concede entera paz, perfecto gozo, firmeza y estabilidad de oración. Bienaventurado el hombre que llegó á ser un espíritu con Dios, porque en este tal nunca cesa Dios de obrar cosas maravillosas, por lo cual sus obras y ejercicios se aventajan á los de todos los otros hombres que no están de esta manera unidos con Dios, porque el Señor que en él obra es mejor que todos.

---

(1) Act., 9.

